

AL CAER LA TARDE

Al caer la tarde me senté en la piedra de la puerta, que hacía las veces de banco. El día había sido caluroso y, aunque no había danzado mucho, me agradaba sentir el aire fresco del atardecer.

Como cada día, me volví a mirar las manos. Unas manos que habían sido fuertes y tiernas a la vez, que habían servido para el trabajo y para el amor, pero que ahora ya no podían ni con lo uno ni con lo otro, apenas me sujetaban la vara con la que dibujaba en la arena caminos perdidos.

Miraba el sol como caía y como la sombra empezaba a inundar toda la calleja. La fuerza del amarillo aún invadía la tierra enfrentada al azul sereno del cielo.

Se me antojaba que así estaba yo en la vida: en un atardecer presto a tocar a su fin. Una vida que ya estaba plena y que empezaba a ser invadida por la sombra del más allá. Atrás quedaban los agobios del día, el trajín del trabajo, del quehacer cotidiano, y ahora solo cabía descansar. A buscar el sueño, el descanso, la paz. Lo que vine a hacer a este mundo ya estaba hecho, y casi deseaba marchar.

Recordaba los días de juventud, el trabajo, la familia, los amigos... Por las noches, echado en la cama, empezaba a repasar mentalmente puerta por puerta, todas las calles del pueblo, y recordaba quién había vivido en cada una de ellas y lo que habían hecho. Les recordaba con nostalgia y sabía que pronto me iría con ellos, y que volveríamos a estar todos juntos, a pesar que me dolía un poco en como me habían ido dejando solo, en como habían ido muriendo, en como apenas quedaba nadie de los de toda la vida.

Algunos días me iba al Santo Cristo, y me asomaba a la puerta y miraba las lápidas y leía los nombres de las familias, y recordaba quién estaba allí, quién lo hacía ahora y quién estuvo antes de que lo vendieran todo. Recuerdo cuando íbamos enterrando por filas, cuando el cementerio era comunal, de todos, y no como ahora. Pero no podía levantar demasiado la voz, puesto que yo mismo tenía una tumba donde descansaba ella esperándome. Un día del verano pasado, al lado de la tapia del este, vi una calavera tirada en el suelo, algunos restos de huesos, las coronas allí tiradas y se me llevaron los demonios. Recuerdo que repasé mentalmente y no era ninguno de los míos, pero me sentí profundamente avergonzado de la dejadez para con nuestros muertos. Pese al coraje, era curiosa la sensación que me invadía, tenía más amigos, conocidos, familiares... allí adentro, que en el pueblo. Cuando volvía iba mirando las casas y casi todas estaban cerradas. En el verano volvía el bullicio, pero luego, el silencio se apoderaba de las calles, y en las largas tardes de invierno no se veía a nadie. A veces cuando me sentía con más ánimo, pese al frío del invierno salía antes de cenar, con la noche ya cerrada, y

le daba 'una vuelta al término', pero por las calles, sin llegar a salir ni al río, ni a las eras. No había nadie, casi nunca me encontraba con nadie. En algún ventano se veía una línea de luz filtrada de una televisión, pero no se veían personas. ¿Cómo iba a haber alguien si éramos cuatro gatos, y de los cuatro que éramos tres teníamos media pata en el más allá? Pero me daba rabia recordar lo que había sido y en lo que se había quedado.

No quise irme, o no supe, como otros a la ciudad, mi lugar era aquel. Allí había nacido, y allí iba a morir. Aunque por Navidades iba a casa de mi hijo, a la capital, en cuanto podía me volvía a escapar al pueblo. No necesitaba a nadie y no quería a nadie pendiente de mí. Sabía que para él, y para su mujer y los nietos, yo no era más que una carga, y me había prometido que mientras me valiese no molestaría a nadie, y para cuando no pudiese valerme... una buena sogá de la viga del corral y se acabó.

El sol iba bajando por el cielo mientras la sombra iba subiendo por la pared. Empezaba a ocultarse por los tejados de lo bajero y las sombras de los corrales y de las casas se iban alargando como almas en pena. El amarillo vivo y el azul transparente empezaban a crear la gama de naranjas que ilumina el crepúsculo del día, ¿y por qué no? el de la vida.

Casi sin pensarlo me volví a mirar las manos. Y recordé los tiempos de mozo, cuando parecía que con ellas todo lo podía: Cómo habían segado al sol, como habían conducido las mulas con el arado, como habían acarreado los haces con el biello, como habían sujetado al gorrino en la matanza, como luego habían guiado el tractor, sostenido la lanza, como habían arrancado la remolacha, manejado la azada..... Habían sido unas manos muy fuertes. Y casi sin darme cuenta esboqué una sonrisa, la sonrisa de la melancolía feliz, y recordé que aquellas mismas manos habían sabido acariciarle los cabellos, habían sabido recorrer su cuerpo hermoso, habían sabido amar.

Y me las volví a mirar, retorcidas por la artrosis, ya no valían para sostener la azada, ni para acariciar, pero es que tampoco había nadie a quién acariciar. A veces cerraba los ojos y me imaginaba que iba al encuentro de ella, y eso me invadía de una gran paz interior. Me imaginaba que me esperaba con su vestido azul, largo, vaporoso, el mismo que le pusieron cuando la amortajaron, el que se compró para la boda del chico. Yo llegaba corriendo y le decía: 'Ya estoy aquí, cariño, para siempre, ya no nos separaremos nunca', y ella se abalanzaba hacia mí con los brazos abiertos y su sonrisa sempiterna en los labios. Recuerdo que estando de cuerpo presente todo el mundo decía: 'mira, está como dormida, y parece como si estuviera sonriendo'. Estaba hermosa incluso ese día, recuerdo cuando la besé, cuando le dí el último beso, estaba fría, pero tan bonita como siempre. Y no lo podía evitar, como casi cada tarde se me nublaba la vista y los ojos se me hinchaban. A veces lo habíamos pasado mal, claro, pero eso solo eran recuerdos del pasado, sin importancia,

que lo único que hacían era darle más valor al amor que aún sentía por ella. A lo poco de estar casados perdimos un hijo estando en cinta, apenas pude consolarla, pero la recuerdo días más tarde con su cabeza apoyada en mi hombro diciéndome que tendríamos otro y que saldría adelante, como así fue.

El sol ya se había escondido y la luz crepuscular lo invadía todo. La gama de rosas, naranjas y morados, dibujaba un espectacular cielo de colores. Las nubes, las pocas nubes blancas, distorsionaban un cielo pintado a suaves pinceladas, aún si cabe, con más gracia.

Al final de la calle oí la puerta del vecino, ya se recogían. Él era buen chico, y se había casado con una buena moza. Yo siempre había sido un gran amigo de su padre. Éramos de la misma quinta y habíamos ido al servicio militar juntos. Muchas tardes como aquella después del trabajo en el campo, nos sentábamos juntos a echar un trago del porrón fresco que guardaba en la bodeguita de casa. Nos habíamos ayudado en el campo, y nos habíamos dejado los aperos, incluso compartimos una mula durante una mala temporada, pero, como todos, como absolutamente todos, se había ido hacía ahora tres años. Un día, por la mañana al salir de casa, le vi como amarillo, con un color de piel que no era el suyo, le pregunté que le pasaba y me dijo que no había pasado buena noche, pero que ya iría a la médica, sin darle más importancia. A la semana siguiente le trajeron al pueblo del hospital de Soria, en el 'pijama de madera', tal y como él había bromeado siempre.

Ya no había sombras por la calle porque toda la calle era una única sombra. Y en el cielo los dibujos empezaban a desvanecerse, y las formas y trazos coloridos cada vez se oscurecían más y más, el gris empezaba a reinar.

Aún así me pareció descubrir la tonalidad del vestido azul, aquel maravilloso vestido azul, y no pude más que cerrar los ojos y ver como con su mano me llamaba a su lado, y yo ya no tenía mucho que hacer aquí, y en cambio ardía en deseos de volver a estar con ella, de reposar para siempre cogidos de la mano, Sabía que era una tontería, pero me reconfortaba tanto la idea de volver a estar con ella, de mezclar nuestros cuerpos, de volver a ser los dos el mismo polvo, de estar juntos, juntos como siempre habíamos estado, y otra vez los ojos se me empañaban a pesar de tenerlos cerrados.

Y volvía a mirar las casas de enfrente, con un gesto monótono y aburrido, otrora llenas de bullicio, ahora de silencio. Las puertas ya no tenían aquellos ventanos por donde solían asomar las cabezas de mis convecinos. Miraba a lo largo de la calle y recordaba cuando ir de arriba abajo en una tarde como aquella eran todo saludos a unos y a otros, todos sentados en la puerta tomando el fresco, en cambio ahora no había nadie.

Ya era noche cerrada y el negro se había abierto camino en el cielo convirtiéndose lo que antes eran sombras en la única realidad

Recordé como cada tarde salíamos a pasear camino de la ermita, en verano al atardecer, en invierno después de comer. Formábamos una figura ya integrada en la carrera camino de la Loma. Íbamos cogidos del brazo, e incluso ella apoyaba tiernamente su cabeza sobre mi hombro. Cuando nos cruzábamos con algún forastero, un cordial 'Hasta luego' y conversamos unos instantes del tiempo, de las familias, y de lo bueno que es el aire de Alcubilla, y luego seguíamos nuestros caminos opuestos.

Muchas han sido las veces que me he sentido dichoso, y orgulloso de nosotros mismos, e incluso me llegaba a decir que me conformaría solo con la mitad de lo que ella me quería. Saber que cada noche alguien te sonríe, te hace una tierna caricia en la mejilla, alguien vela por tu sueño como tú velas por el suyo, y al amanecer una sonrisa que inunda la habitación, que no sabes ni si ha salido el sol.

Ella había llegado con unos cómicos hacía muchos años. Nos enamoramos y no volvió a irse nunca más. Desde aquel momento habíamos vivido el uno para el otro y el otro para el uno. Tanto era así que nadie hablaba de uno solo de nosotros, sino de los dos al tiempo. No habíamos hecho ni hacíamos nada por separado, y cuando nos mirábamos a los ojos, ya viejos y cansados, aún se despertaba la luz de la ilusión.

Antes de salir de casa, ella cogía el cepillo y lo pasaba un poco por mi vieja americana de pana y yo siempre movía los hombros como no queriendo que me volviera a cepillar. Me había cepillado la americana durante cuarenta años, y yo había movido los hombros otros tantos...

Pero ahora, ya nadie me pasaba el cepillo por la chaqueta.

Y una luz intensa y azulada invadió la calle y lo que debía ser plena noche se volvió en pleno día. El negro se fundió y los colores planos, sin matices, inundaron el pueblo

Levanté la vista y me puse en pie como cuando tenía 20 años, de un respingo. De repente se abrieron las puertas de mis vecinos y poco a poco la calle se fue llenando de gente, de la gente de siempre, allí estaban todos, con sus ropas de domingo, sonrientes, felices, eran mi gente. En tres zancadas crucé la calle y me paré, me volví y allí, sentado sobre la piedra de la puerta de mi casa estaba yo mismo, y no me sorprendí. Tenía los ojos cerrados, como durmiendo, con un gesto amable en los labios, con una gran placidez en el rostro y en la figura, y la vara caída y tendida a mis pies. Me sentía bien, muy bien, con los míos, pero entonces me revolví y la busqué, y allí estaba ella, en medio de la calle, con su vestido azul lo iluminaba todo aún más, sus brazos extendidos hacia mí, con su sonrisa, la abracé, la besé, volvíamos a estar juntos, y ahora ya sí: para siempre.